

El penalty de Panenka

Rafael González

PERSONAJE

ELÍAS CORUÑA

ELÍAS CORUÑA, unos cincuenta largos mal llevados. Gordo, cojo de la rodilla, calvo. Lleva un chándal azul gastado de los tiempos del Mago *HH*, y dentadura postiza a la que no se acostumbrará mientas viva. En la derecha una copa de coñac de garrafa; en la izquierda un palillo rechupado con el que a veces dibuja en el aire nombres, caras, ideas, desilusiones. Habla con nadie, aunque él piensa que todo el mundo está pendiente de sus palabras, como si fuera...

¿Los sueños? Los sueños, amigo, nunca se cumplen. Y si lo hacen, no le quepa la menor duda, es porque buscan su confianza. No caiga, de lo contrario, tarde o temprano le dejarán tirado.

Sé de lo que hablo, no me mire así. Y no estoy borracho. Es la primera copa de la tarde, y, a mí, un coñac más o menos, no me vuelve idiota.

Le invito. Pídase lo que quiera. ¿Un whisky, cerveza, ron? ¿Le gusta el ron?

No me venga con que no me conoce de nada. Esteban sí. Y usted conoce a Esteban, ¿no? Y Esteban es mi amigo. Los amigos de Esteban son mis amigos, ¿de acuerdo? Bien, ya nos conocemos todos. Brindemos, pues.

Ah, pero usted está seco... ¡Esteban, ponle a mi amigo una copa! ¡Pero que sea del bueno, y no esta diarrea que me pones a mí! ¡Un Carlitos Tres Palos para el caballero! ¿Le gusta el coñac?

¡Qué bien huele! A mí, el olor del coñac me recuerda el aroma del linimento. ¡Linimento de Sloan! ¿Sabe a qué me refiero? Aquellos frascos color coñac con el bigotón aquel en la etiqueta... Eran otros tiempos. Luego vinieron todos esos potingues, que si la embarcación Gras, que si el cloretilo Chemirosa... ¡Mariconadas! Un buen masaje con el tío del bigote y asunto solucionado, ¿o no?

Le pido disculpas por haberle cortado antes, cuando hablaba usted con Esteban de eso de los sueños y tal y cual. Yo no acostumbro a hablar demasiado, no soy muy charlatán: pero es que le he oído decir eso de que los sueños casi siempre se cumplen y, ¿qué quieres que le diga?, se me ha revuelto el estómago, y usted perdone.

(Silencio reflexivo.) ¿Me permite que le cuente una historia? ¿Me acepta una vieja historia mientras se termina su copa? Elías Coruña, para servirle; **(Le señala el mondadientes.)** y, desde ahora, su amigo de toda la vida. ¡A su salud!

Todo empezó... **(Sonrisa que simboliza la alegría de CORUÑA por reencontrarse con cierto tramo, en el fondo feliz, de su vida.)** Todo empezó hace diez años. O quizá más. Este pobre viejo, después de haberse pasado la vida dando tumbos de aquí para allá entrenando equipos de fútbol de poca monta, llegó a Ceuta. Imagínese, África... A mí mujer, la idea le sentó como un tiro, pero ofrecían trabajo en la aduana y una pequeña gratificación por llevar a un equipo de aficionados llamado El Tarajal. La verdad es que yo tampoco lo tenía muy claro cuando dije que sí, pero la necesidad apretaba y yo siempre he tenido un carácter bastante aventurero, y me perdonará usted la inmodestia. Me llamaba eso de vivir en ese gran continente lleno de lagos como mares, de selvas como países y de animales extraordinarios, aunque lo cierto es que nada de eso se podía encontrar en aquel rinconcito del África española. A lo que voy es que, esa mi primera y única temporada en Ceuta, hicimos una campaña bastante buena (qué digo buena: excelente) y llegamos al último partido con posibilidades clarísimas de ascender. Teníamos que enfrentarnos a Los Gaitas de Cádiz y, si ganábamos, ya estaba la cosa hecha. Además, jugábamos en campo propio, en el Murube, en Hadú. Durante toda la semana, en Ceuta no se habló de otra cosa, y eso que el Atlético de Ceuta jugaba y juega en divisiones superiores. Todo el mundo hacía su equipo ideal y las discusiones en Vicentino, en el Tokyo y hasta en Los Hijos de Ceuta, bajo el retrato del Caudillo, se centraban en si yo tenía que poner en punta a Barroso, Hamid y Luque, o darle consistencia al centro del campo dejando a Barroso, por medio lenteja, en el banquillo y sacando a Sidi de media punta.

Es decir, que la tensión era máxima, y la noche antes del partido (o sea, la del sábado al domingo) me acuesto a eso de las dos después de dibujar miles de estrategias en miles de cuartillas y, ya en el catre, sigo imaginando contraataques, regates, coberturas, triangulaciones, pases, etcétera. Carmen, mi mujer (bueno, la que fue mi mujer), que había nacido con la hiel reventada y jamás hizo ni tanto así para superarlo, me dice que si me voy a estar quieto de una puñetera vez o me largo a dormir al sofá. Ella no entiende que alguien, por casi ninguna mil pesetas (que, entre nosotros, fue lo que en definitiva, yo saqué de todo aquello), se tome tan a pecho algo tan imbécil como el fútbol, ya sabe: veintidós tíos tras un trozo de cuero y gilipollices de ese tipo. De Ceuta volvimos cada uno por nuestro lado, y así seguimos; y créame si le digo que doy gracias.

(Sorbito y...) El caso es que, por fin, a eso de las cuatro o las cinco de esa noche, ya en el sofá, y agotado, me quedé dormido. Fue cerrar mis ojos y venírseme encima el encuentro. Dormir, dormí muy poco; pero si fueron tres-cuatro horas las que logré mantener los ojos cerrados, le juro a usted por su padre que no soñé con otra cosa que no fuera el partido. Ni con los hijos que nunca tuve ni con mis padres muertos cuando yo era un crío, ni con el sargento que me amargó durante aquel añito y medio a tomar por culo que fue mi mili. Hasta entonces, mis sueños-pesadillas siempre habían tenido que ver con esos fantasmas, o sueños jamás cumplidos, o cabrones. Pero esa noche no: esa noche sólo soñé con el partido que jugaríamos al día siguiente.

De entrada, nada más comenzar aquel sueño, ya me extrañó que yo hubiese puesto de portero a Sanchís, porque siempre había confiado en Jaime, lo cual me había ocasionado no pocos disgustos con Carmelo, padre de Sanchís, que, cada vez que yo entraba en su bar, en la calle Real, me soltaba a bocajarro, el muy...: «Hombre, el *selesionao nasioná* en persona. ¿Y tu novio? Sí, hombre, tu novio: el Jaime. ¿Te la ha *shupao* bien esta mañana?». Usted se preguntará, y me preguntará: «Coño, Elías, ¿y por qué no lo mandaste a tomar por culo a él y a su bar a la primera quedada de ese tipo?». Qué sé yo; puede que por la foto de Pirri que tenía allí expuesta, junto a las botellas de Cynar que, poco a poco, yo me iba tragando. ¡Porque yo siempre he sido muy de Pirri! ¡Y del Madrid, como manda Dios!

La cosa es que a mí, en mi sueño, la verdad, me extrañó lo de Sanchís, pero bueno... Y enseguida me di cuenta de que había optado por un juego descaradamente de ataque con dos extremos claros (Barroso por la izquierda, Luque por la derecha) y un ariete, Hamid, que, si bien por alto no era ningún portento (medía uno y medio, el pobre, o poco más), con la bola en el suelo era una auténtica pesadilla para las defensas contrarias.

Fue precisamente él quien, en el minuto veintiocho de la primera parte, recibió un balón de Domene, nuestro interior derecho, se inventó un túnel de película al central y la picó ante la media salida desesperada del portero. Un gol de auténtica bandera, créame. El campo se venía abajo, yo saltando dormido en el sofá, Hamid se acercó al banquillo con los ojos muy abiertos. Venía diciendo: «Con *do cohone*, con *do cohone*».

Y así llegamos a la mitad del partido. En el descanso, Luque me dijo que le habían hecho daño en el tobillo y, que no sabía si iba a aguantar lo que quedaba de partido. «Si ves que no puedes, te quitamos y no pasa nada», le dije al chico. «Intento seguir», me dijo él; pero qué va, no pudo. O no le dejaron: al poco de iniciarse la segunda parte, le volvieron a entrar muy fuerte y, se lo tuvieron que llevar en camilla. Saqué a Sidi. A Los Gaitas les sobraba con el empate para subir e iban a por él como fuera: por lo legal o por lo criminal. Pero nosotros los estábamos controlando muy bien, y yo, al ver que Barroso empezaba a inhibirse (que por eso era por lo que no lo ponía más a menudo: era un buen jugador, pero cuando más falta hacía, metía la cabeza bajo tierra)... Pues, como le estaba diciendo, al ver que Barroso empezaba a inhibirse o acojonarse, lo cambié por Martínez, un defensa, y dejé en punta a Hamid, solo, a la espera de que Sidi montara un contraataque en condiciones y, entre los dos moritos, sentenciaran el partido.

(Nuevo sorbo y paladeo del licor.) Pero las cosas salieron justo al revés de lo que yo había previsto. Los Gaitas sacan un córner y, de repente, entre una nube de tíos, surge el cuerpazo inconmensurable del libre de ellos y manda un cabezazo de tres pares de narices que Sanchís ni huele. Me cabreé, me cabreé mucho, porque no se puede permitir una cosa así: en un córner hay que morir si es preciso, o arrancarle la cabeza al contrario como si fuera la de un espantapájaros, pero jamás dejarle que remate a placer. ¡Y encima faltando siete minutos! ¡Coño, todo el partido controlando y a falta de siete minutos...! ¡No me jodas! ¿Era o no era para estar cabreado? ¿Verdad que sí? ¿Verdad que también usted lo entiende, que usted también se habría agarrado un disgusto de cojones? **(Se acaba la copa, pero pide, como es lógico, más.)** La penúltima, Esteban.

(Sorbo.) Sacamos de centro. Yo, sin perder la calma, ordeno desde la banda que sigamos tocándola a la espera de que salga la jugada. Pero los chicos están hechos unos flanes y empiezan a cometerme imprecisiones, empiezan a quemarme la sangre. «¡Nos despertamos, eh, nos despertamos, chiquitos!» les grito yo, en mi sueño, desde la banda. Pero no hay, caso. Todo sigue igual. O peor. Carmona, el *Carnicero de Hadú*, pierde un balón a cinco metros del área y el delantero centro de ellos la agarra y

manda un rechazazo terrorífico que se estrella contra el larguero. ¡Hostia! Y al rato es Federico quien, al despejar una pelota comprometida, la lanza hacia la escuadra de nuestra propia puerta, buscando telarañas, pero Sanchís hace el paradón de su vida, como queriendo demostrar que es una injusticia el ostracismo al que, hasta ese día, le había tenido condenado yo. Miro el reloj -faltan cuatro minutos- mientras Carmelo, a mi espalda, me grita: «¡Toma, *Coruñita*, maricón! ¡Para que te *entere* de lo que *é* un portero con *do cohone!*!». **(Echa un ojo a su muñeca, desnuda.)** Tres minutos, dos, un minuto. Y lo peor no era eso, jefe, lo peor era que estábamos encerrados en nuestro área sacando balones como agua de una barca que se hunde, y que aquello tenía peor pinta que lo de Fort Álamo, y que se nos iba a la mierda la única ocasión que íbamos a tener en nuestra puta vida de hacer algo grande (o semi-grande), y que... y que...

(Como si, de repente, Maradona se hubiese puesto a hacer regates maravillosos ante él.) ¡Pero coño! Aunque parezca mentira, Carmona despejó un centro-chut peligrosísimo de ellos y la bola fue a parar a los pies de Juanmi. Juanmi levanta la cabeza y ve a Sidi más sólo que la una se la pasa. Sidi inicia la carrera, le sale al paso un defensa que está a punto de quedársela, pero Sidi la pelea bien y se la lleva. Corre. Yo miro el reloj y veo que ya pasa del minuto noventa. Miro al árbitro. El árbitro bastante tiene con perseguir muy de lejos a Sidi como para encima tener que estar al tanto de la hora. Hamid pide el cuero y Sidi, agotado, se la pasa. Hamid se mete en el área. «¡Chuta! ¡Chuta ya!», le grito. «¡Chuta ya!», grita toda Ceuta. Pero Hamid prefiere hacerlo bonito. Así que encara al defensa, lo regatea y se va hacia el portero. El portero sale, Hamid lo esquiva, y el portero le barre las dos piernas cuando estaba a punto de tocarla suave hacia la red. Ceuta estalla: «¡Penaaaaaalty!»). El árbitro se lleva el pito a boca e intenta soplar, pero no puede, no puede ni respirar. Todo el mundo dirige hacia él sus miradas. Hasta Hamid, que tiene el maléolo desplazado de su sitio. Hasta Sidi, que tiene el gemelo de su pierna derecha a la altura de la nuez. Hasta Carmelo, que se muere de ganas de que el Tarajal no gane (aunque su chico pierda) y no ascienda, para que le ayuden sus paisanos a correrme a gorrazos hasta, por lo menos, La Mujer Muerta, en Marruecos. Y sopla. Por fin el árbitro sopla. ¿Pero pitará la falta o el final del encuentro? ¡La falta! ¡Pita la falta! ¡El penalty! **(Se hinca de rodillas y grita mirando al cielo pero llevando mucho cuidado de no derramar ni una sola gota del precioso licor. Se incorpora trabajosamente, su rodilla no le da para más.)**

Pero no vendamos la piel del oso antes de haberlo cazado, ¿no dicen eso? Pienso. Resulta que el encargado de tirar las penas máximas, Hamid, ya no tiene tobillo derecho. El segundo encargado, Luque, fue sustituido. La derecha del tercero, Sidi, ya no sirve ni para alimentar a un perro hambriento. Y al cuarto, el portero Jaime, no lo puse hoy. Rápidamente, echo una ojeada a los hombres que me quedan en el campo y señalo a uno, casi al alimón: «Domene». «¿Quién? ¿Yo? -dice Domene- No, *hefe*, ni pensarlo. Que yo no sé *nadá*, y si lo fallo *fiho* que me tiran al *Estresho*». «Vamos, coño, no me jodas...!», le grito enfadado. «¿Quiere que lo *echecute* yo, *hefe*?», dice Carnicero Carmona. Le miro, le veo la cara de felicidad, me lo pienso un par de veces y decido que bueno, de perdidos al río: «¡De puta madre, Carmona! ¡Con valentía! ¡Con decisión!», le animo. «No, si estoy *cagao*. Pero es que yo si sé *nadá*. Como *hise* la mili en Marina...». «¡De puntera! ¡Dale de puntera!», le pido mientras se aleja de mí hacia el patíbulo.

Carmona se dirige al punto fatídico, agarra el cuero, lo coloca en su sitio, se va hasta más allá de la media luna, coge impulso, se lanza, le clava un punterón de cojones a la pelota... **(Vuelve la cara como no queriendo ver el resultado.)**

¿Y... qué? ¿De verdad quiere saberlo? ¿Creí que no le importaba en lo más mínimo mi historia? Como ponía esa cara de sinsustancia... Pues se lo voy a decir; me ha caído usted bien y le voy a contar lo que ocurrió. Se lo explicaré con una sola palabra: **(Pero muy tranquilo.)** gol. Sí, sí señor, golazo. ¿Qué se creía: que lo había echado fuera? No, hombre de poca fe, de eso nada. El bestia de Carmona lo metió hasta dentro, y El Tarajal ganó y ascendió, y, Ceuta entera estalló de felicidad, y yo comencé a pegar botes de alegría, y tantos pegué que, al final, acabé cayéndome del sofá y jodiéndome un codo, como lo oye. Porque me imagino que se acordará usted de que yo todavía estaba durmiendo en el sofá porque a mi señora le molestaba en exceso mi inquietud, ¿no?

(Sorbito.) Bien. Pues llegamos a la realidad. El partido se juega a las doce de la mañana del día siguiente. A las diez llegué yo al campo dándole vueltas al sueño que había tenido la noche anterior; pero lejos de parecer optimista por el resultado conseguido en él, se me veía cabizbajo, arrugado, temeroso. Algo me decía interiormente -que también es mala sombra- que el sueño había sido una señal... fatídica; algo me decía interiormente que había sido el aviso de la desgracia que iba a suceder. No, no me pregunté por qué, ni por qué no, pero así era como yo lo sentía.

Y llegaron las once. Y por fin me dirigí a la pizarra y escribí la alineación: Jaime en la portería («¡que le den por culo al mamón de Carmelo!», pensé mientras condenaba a su hijo una vez más a la suplencia); El Chatarra y Molinos como laterales, y Carmona y Federico en el centro de la defensa, y en la delantera los que había soñado la noche pasada: Barroso, Hamid y Luque. Y empezó el partido.

Me creerá usted o no me creerá, pero todo, absolutamente todo, transcurrió más o menos como en el sueño que le he contado, quizá más despacio, pero clavando las jugadas importantes: el gol de Hamid en el minuto veintiocho, el entradón a Luque y, por supuesto, el empate de ellos. Bueno, yo, que nunca he creído en todas esas cosas de brujerías y extraterrestres y todo eso, estaba alucinado hasta la médula. Intentaba justificar el suceso acordándome de un artículo que había leído (porque yo, de vez en cuando, también leo; no se vaya a pensar que soy un pedazo de carne con ojos, de eso nada: también tengo mis inquietudes intelectuales)... Bueno, pues intentaba justificar toda aquella historia acordándome de un artículo que había leído unos años atrás sobre esas veces en las que uno piensa: «¡Coño! ¡Este instante ya lo he vivido yo!». El autor del artículo decía que el fenómeno era producido por leves atrasos de la mente, es decir, que el cerebro se tomaba un pequeño descanso mientras la vida seguía sucediendo y, cuando recogía, quizá sólo décimas de segundo más tarde, la información de algo que acababa de pasar, nos parecía exactamente eso: que ese momento ya lo habíamos vivido antes.

Pero, en fin, no es momento de hacer un congreso sobre las anomalías de la mente y chorradas así. La cuestión es que el árbitro acababa de pitar un penalty a nuestro favor, que estábamos en el minuto noventa y que, de transformarlo, ascendíamos de categoría, ¿no? «Que lo tire Carmona -dije-, que hizo la mili en Marina». «¿Cómo?», me preguntó Carmona, y yo creí que él creía que, de la emoción, se me habían derramado las meninges, o algo por el estilo, y por eso se extrañaba de lo estúpidamente que yo había justificado mi decisión de escogerle a él. «Nada, cosas mías», me excusé. «No, si lo que pregunto es cómo tiro el penalty. Es que es la primera vez». «De puntera. Dale de puntera. Clávale la uña», le dijimos todos.

No, no señor, no lo falló, ¿por qué tenía que fallarlo el chaval? Lo metió hasta dentro; y El Tarajal ascendió, y mi sueño se cumplió, y llegó un club semi-profesional y dos millones por un año y casa y un cuartito de kilo más si ascendía al equipo, como se lo cuento. Yo no me lo pensé, pero Carmen, mi por entonces aún señora, con la que estaba intentando recomenzar, dijo que una mierda, y ésa fue la excusa que necesitábamos desde mucho

tiempo atrás para cortar por lo sano. De manera que yo me marché a Extremadura y me encontré con un conjunto bastante mejor de lo que esperaba.

(**Trago.**) Nada más empezar la competición, comenzamos a ganar partidos, y mire usted por dónde que llegamos al último encuentro con más posibilidades de ascender que las que tenía El Tarajal un año antes. Palabra: con un empate nos sobraba. Demasiado redondo para ser huevo, ya, pero así fue. ¿Y si le digo que yo soñé la noche previa al partido decisivo que perdíamos 1-2 y que, en el último minuto, nos pitaban un penalty a favor y que, ante el estupor de la grada, del banquillo, de mis jugadores de campo y del propio Cantalicio, designaba a éste, Cantalicio Jiménez Honrubia, portero que era famoso por no ser capaz de golpear un balón con los pies ni aunque se lo pegaran con cola al suelo, como ejecutor de la pena máxima, y lo chutaba (de punterón, claro), y lo metíamos, y salíamos campeones, y subíamos, y subíamos, y...? ¿Qué me diría usted entonces? ¿Eh?

Nada. No me diga nada. Se lo digo yo a usted: el partido transcurrió tal y como yo había vuelto a soñar, y Cantalicio clavó el penal atizándole fuerte a la bola con la punta de su bota, y subimos. Ya se lo he dicho antes: se lo puede creer o no, a mí eso me trae sin cuidado, pero así fue. Y no acaba ahí la cosa, queda lo mejor. Pero, no se me pone otra ración de combustible o me planto. Y otra para mi amigo, Esteban, guapo.

¿No, gracias? ¿Cómo que no, gracias? ¡No fastidie, hombre! Pero, ¿qué es una copa más o menos en la vida de un hombre? Beba y viva, que estamos llegando al final de la historia que le estoy regalando y que estoy seguro de que a usted le va a servir de mucho en su vida. Cuéntesela a sus amigos; cuéntesela a sus hijos, si los tiene: se lo permito. Pero no olvide mencionar nunca el nombre del hombre que se la contó: Elías Coruña, servidor de usted, y desde hoy mismo su amigo para lo que le queda de vida.

Para empezar con este, por fin, último capítulo, le trasladaré de Extremadura a esta ciudad. Seguramente usted no se acuerde -porque puede que por aquellos años estuviera mañana, tarde y noche persiguiendo faldas- de un equipo llamado Portuarios que desapareció hace algunos años. ¿A que sí? ¿A que ni puta idea? Pues bien, a este equipo vino a parar Elías Coruña después del éxito extremeño por una cifra muy aceptable para las cantidades que en esas categorías inferiores se manejaban en aquellos tiempos: cinco kilos por una temporada, y uno y medio más por el ascenso. El Portuarios se reforzó bastante bien, logramos la cesión de tres chiquitos jóvenes del Barça B y mi par de veteranos nómadas, de esos que se recorren toda la geografía futbolística del país porque no son capaces de triunfar en ningún

sitio pero que, a fuerza de partidos y partidos, terminan por aportar la experiencia necesaria para cualquier grupo con aspiraciones. Yo estaba muy contento con el material, y pronto la cosa empezó a dar buenos resultados. En la Copa del Rey, llegamos incluso a eliminar al mismísimo Hércules, y, en la Liga casi no teníamos rivales. Tanto fue así que llegamos a la última jornada con todo a nuestro favor para ganar y subir. Nos sobraba con perder. Sí Señor: con perder. Siempre que no fuera por más de un gol, claro. Y la noche antes del partido me fui a la cama a esperar que Morfeo me revelara las claves del triunfo. Ellos ganaban 0-2, minuto final y penalty a favor nuestro, con mi dedo mágico yo señalaba a Sanguino y, como se había corrido la voz por toda España de que el índice sobrenatural de Elías Coruña hacía milagros, nadie decía esta boca es mía. «¡¡Con tu dedo, Elías, seguro que la lías!!», coreaba la masa. Y llega el tuercebotas de Sanguino con su zurda esquizofrénica y logra que se haga realidad en el sueño el sueño de todos los aficionados del Portuarios.

Tarde del partido. El de verdad. Yo, para ser franco, estaba tremendamente confiado, insultantemente confiado. Les dije a mis chicos: «Tranquilos: vamos a ser campeones. Pase lo que pase, aunque lleguemos al minuto noventa con 2-0». Y así sucedió: minuto noventa, 0-2... y penalty, clamoroso contra el San Amaro. Con la mirada busqué a Sanguino y luego lo señalé con mi dedo bien tieso. «¿Yo? -dijo él asustado-. Pero si yo sólo sé darle con la puntera». «Por eso mismo», le respondí en plan Mesías. Y Sanguino se fue hacia el área rival con los cojones aquí arriba, y llegó hasta el balón y lo puso sobre la cal del punto, y miró al portero que le estaba diciendo cosas muy feas «No tienes huevos, no tienes pelotas para meterlo, la vas a cagar, la vas a mandar ala luna, pordiosero», y se alejó Sanguino del balón, y se detuvo y escuchó el pitido del árbitro...

(Silencio. CORUÑA agita la cabeza lamentándose. Trago.)
Le resumiré: al buen Sanguino, que estaba acojonadísimo ante la mera posibilidad de meterle demasiado fuerte a la pelota y que, tal y como le había vaticinado en sus propios morros el portero contrario, se le fuese la fuera del campo, se le cruzó por la cabeza una imagen, una imagen en colores pero antigua, la imagen en colores pero antigua, la imagen de un tío en la Eurocopa del 76 lanzando un penalty de forma muy especial, un tío checoslovaco que se llamaba Panenka, y él, Sanguino, vio esas imágenes mucho tiempo después, y le hizo gracia el *chalo*, «hay que tener cojones para tirar un penalty así», había dicho el golfo de su tío Ricardo, que trabajaba en RENFE, «nada menos que en un final», y cuando el bueno de Sanguino inicia la carrerilla hacia el balón piensa: «¿Y si en vez de darle de puntera hago como Panenka? -piensa-. ¿Y si le doy suavcito allá abajo,

y la elevo en una semi-vaselina, y el cabrón ese del portero se tira y la pelota pasa por encima de su cuerpo, y lo meto, y se tiene que comer lo que me ha dicho, y de paso me quito la fama que tengo de bruto salvaje, y a ver si Esperanza quiere salir de una puñetera vez conmigo, la muy jodía, y me ficha un grande por veinticinco o cincuenta millones al año?» Y así lo hizo. El muy cabrón del bueno de Sanguino así lo hizo. El hijo de la gran puta y que su madre me perdone del bueno de Sanguino lo hizo de ese modo. Trotó unos cuantos pasitos hacia el balón, metió la punta hacia abajo en vez de golpear en el centro... y se fue de boca. Sí, no me mire así; joder, ni tú. Esteban, que ya te he contado la historia cuarenta veces, siempre que vengo aquí se la encasqueto a alguien y tú, indirectamente, la tienes que escuchar, ¿no?, ¿no me has mandado a la mierda mil veces por eso? Entonces, ¿por qué coño pones ahora esa cara? Se fue de boca, hincó el hocico, se dejó la jeta en el césped; y, mientras, la pelotita, impulsada suavemente por una oreja de Sanguino, llegaba muertecita a las manos del portero, que no daba crédito. Se descojonó. El portero, claro. Y Sanguino aplastado contra el suelo, acordándose de la puta madre que parió a Panenka, y yo con la boca abierta poniendo verde el árbol genealógico de Sanguino, y la afición tirándose de los dedos y coreando con una sola voz: «¡¡Coruña, la mano de la metes por el ano!!».

(Pausa triste.) Ya se lo he dicho: podrá usted creerme o no creerme, pero eso fue exactamente lo que me sucedió, ésa es mi experiencia con el mundo de los sueños, y por eso le he dicho antes que no, que los sueños nunca se cumplen, y pobre de usted si tiene la desgracia de que se le cumpla alguno: ya lo pagará.

Ahora le ruego que me perdone. A mi edad no es bueno acostarse muy tarde y ya son... ¡Las doce y media! Pero tenía que haberme avisado, tenía que haberme dicho que... Esteban, ¿qué se debe? Apúntalo en mi cuenta. ¿Me has oído? Apúntalo...

(Marchándose.) Yo suelo venir mucho por este bar. Me cae bien Esteban, y siempre se puede charlar con alguien. Si viene alguna otra vez, igual nos vemos. ¿Mañana vendrá? ¿No? Bueno, pues otro día. Adiós. Buenas noches. Adiós.

(Se detiene, vuelve la cabeza. Al público, como si fuera el paciente contertulio que lo soportó durante toda la velada.) Y que tenga felices sueños.